



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 4, 3 de octubre de 2017. ISSN 2408-445X

Producción de barrios latinos en la Ciudad de Nueva York

José Guzmán Aguilar*

Fecha de recepción: 27-03-2017

Fecha de aceptación: 08-06-2017

Resumen: El documento expone la producción de un barrio de inmigrantes latinos en la ciudad de Nueva York. El objetivo central del trabajo estriba en mostrar la importancia de la reproducción de moralidades y solidaridades de clase inmigrante que hacen dimensionar al barrio como espacio de confort y asidero de alianzas, que los une robustamente y diferencia como clase social para hacer frente a sus problemáticas diarias, caso concreto subsumir su producción como inmigrantes ilegales. El estudio tiene lugar con mexicanos ubicados en Jackson Heights y Elmhurst/Corona, Queens, Nueva York. El trabajo es producto de 60 entrevistas, conversaciones informales y convivencia cotidiana con inmigrantes en el barrio por temporadas de tres meses desde el 2010 al 2014.

Palabras clave: Barrio inmigrante, solidaridades de clase, inmigrantes ilegales.

Title: Latino neighborhoods production in New York City

Abstract: The paper outlines the production of Barrio Latino immigrants in New York City. The central objective of the work is to show the importance of the reproduction of moralities and solidarities of immigrants class that make the barrio dimension as a space of comfort and support of alliances, which unite them robustly and differentiate as a social class to face their daily problems. Concrete case subsume their production as illegal immigrants. The study takes place with Mexican Immigrants located in Jackson Heights and Elmhurst/Corona, Queens, New York. The work is the product of 60 interviews, informal conversations and daily living with immigrants in the barrio for three-month seasons from 2010 to 2014.

Keywords: Immigrant barrio, class solidarities, illegal immigrants.

* Licenciado en Antropología Social. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) México. E-mail: guzzaj01@hotmail.com

Introducción

La ciudad de Nueva York fue considerada la de mayor cobijo de migrantes nacionales e internacionales a nivel mundial a lo largo del siglo XX. Ha sido una de las pocas en bloquear o dilatar las propuestas políticas antiinmigrantes –como “Comunidades Seguras”- y proponer políticas proinmigrantes –“Don’t tell, Don’t ask”-. La ciudad ha dado alojamiento y protección a millones de inmigrantes, al grado de ser considerada una “Ciudad Santuario”.

Datos del censo del año 2010 hablaban de la presencia de 3.416.922 latinos en el estado de Nueva York. En cuestiones de status migratorio, *Migration Policy Institute* consideró, en el año 2016, que dentro de la ciudad de New York residían 643 mil indocumentados y Queens es hogar para la mayoría de ellos, específicamente, para unas 246.000 personas. Para el caso de inmigrantes mexicanos indocumentados en la ciudad de Nueva York, se habla de la presencia de 180.000 en el año 2016 y la mayoría provienen de los Estados de Puebla, Oaxaca y Guerrero (Sepúlveda, 2016).

A finales del siglo XX se inició una era de políticas migratorias con la intención de detener, expulsar y disciplinar a este segmento de trabajadores extranjeros. Posteriormente, los sucesos del 9-11 marcaron un derrotero de cambio en la implementación de políticas que endurecieron el cruce y estancia de migrantes ilegales. El gobierno fundó el *U.S. Department of Homeland Security* (DHS) y su institución filial la *U.S. Immigration and Customs Enforcement* (ICE) con el objetivo de proteger y defender la seguridad del país. En el año 2005 se realizó la propuesta HR 4437 con la intención de criminalizar a todo inmigrante ilegal y a quienes los ayudaran. Finalmente, los Programas Comunidades Seguras y Stop & Frisk (Detener y Revisar) entraron en vigor en Nueva York en el año 2012. Estas medidas exacerbaban negativamente el tema de la migración ilegal creando un ambiente político y social donde se los equiparó a criminales y se los consideró parte de un problema nacional.

El objetivo central del trabajo estriba en mostrar cómo en el interior de un barrio latino, ante el desarrollo de un ambiente político, económico y social complejo para los inmigrantes ilegales, se gestan moralidades y solidaridades que los unen robustamente y diferencian como clase social

para hacer frente a sus problemáticas diarias. Avizoramos al barrio latino como un espacio social que, al inmigrante mexicano, le permite la continuidad de un cúmulo de relaciones cotidianas cara a cara entre miembros de una misma localidad, región o Estado, por lo cual estos últimos mantienen una lógica moral de ayuda ante cualquier situación adversa en su nuevo entorno.

El trabajo aborda las experiencias de inmigrantes mexicanos del Estado de Puebla. Esta región ha experimentado una expulsión migratoria a Queens, Nueva York, desde finales de 1970, por lo que las experiencias migratorias de los sujetos nos ilustraron sobre las vicisitudes y respuestas desarrolladas en el barrio. Nuestra población de muestra fue de 60 informantes, que categorizamos conforme al tiempo de inserción migratoria. Creamos cuatro categorías: 1) *Inmigrantes de primera etapa*, que llegaron a finales de la década de 1970 hasta el año 1990; 2) *Inmigrantes de segunda etapa*, que arribaron de 1991 al año 2000; 3) *Inmigrantes de tercera etapa*, que llegaron en el año 2001 hasta el año 2010; y 4) *Inmigrantes de cuarta etapa*, que llegaron después del año 2011 hasta la actualidad.

La estrategia consistió en ubicar y contactar, gracias al apoyo de amigos y familiares, a 20 informantes por cada una de las dos primeras etapas, 15 de la tercera etapa y 5 informantes de la cuarta. Nuestra elección de 40 informantes entre la primera y segunda etapa se basó en el éxodo mayoritario de migrantes poblanos a Estados Unidos de Norteamérica entre los años 1980 y 2000. La elección de 20 informantes entre la tercera y cuarta etapa se debió al descenso marcado de arribos migratorios por el reforzamiento tecnológico y militar de la frontera, que ha impedido exitosamente el cruce de indocumentados. En la selección de informantes se consideraron las variables de género, edad, estatus migratorio y ámbito laboral para tener un amplio espectro de información sobre sus percepciones del barrio y vivencias en el mismo.

Para la recolección de datos nos basamos, inicialmente, en la aplicación de entrevistas abiertas semiestructuradas y estructuradas, las cuales tuvieron diferente orden de preguntas. Con migrantes de la primera y segunda etapa indagamos la formación, desarrollo y consolidación del barrio; las problemáticas del arribo, las laborales, las relacionadas con la

vivienda y convivencia, o con las posibilidades de legalización, entre otras. Con estos mismos migrantes realizamos segundas y terceras entrevistas estructuradas con la intención de reconstruir detalladamente sus trayectorias migratorias y laborales, con el fin de captar el antes y el después del barrio latino. Mientras tanto, llevamos a cabo entrevistas abiertas semiestructurada con informantes de la tercera y cuarta etapa, con el objeto de captar las percepciones que desarrollan los recién llegados a un lugar netamente latino, las dificultades o facilidades de arribo y las nuevas problemáticas que enfrentan en el ámbito laboral. Con inmigrantes de todas las etapas se abordaron las subjetividades que desarrollan por vivir en un espacio netamente latino, las implicaciones de las políticas antiinmigratorias y las solidaridades de clase para hacer frente a las mismas.

El trabajo de campo, utilizando la observación participante, fue trascendental para documentar las alianzas y apoyos cotidianos que los sujetos ofrecen en el barrio. En cada temporada de trabajo de campo, de junio a agosto del 2010 al 2014, tuvimos la oportunidad de convivir con informantes de primera y segunda etapa almorzando o comiendo los fines de semana en sus departamentos. Con informantes de segunda y tercera etapa desarrollamos una convivencia más estrecha por la relación de edades. Cada fin de semana nos reunimos con ellos para jugar fútbol, desayunar, comer o ver televisión. No obstante, el trabajo de campo también se fundamentó en descripciones panorámicas-participantes de festivales patrios, festividades religiosas, convivencias en parques, restaurantes y otros espacios públicos. Finalmente, para poder considerar las subjetividades laborales, sobre todo las femeninas, nos enrolamos en el trabajo asalariado en una empresa de elaboración de comida fría en el mismo condado de Queens. El trabajo de campo junto a los informantes permitió escuchar y observar esas acciones o discursos solidarios en momentos apremiantes.

La producción de barrios desde la clase social

El estudio de los barrios inmigrantes a través del concepto de clase social se ha desarrollado bajo los conceptos de subclase, clase media, pobreza y marginación. En ellos se ha explicado la vida atiborrada de contradicciones de los migrantes, los espacios degradados que habitan, las visiones sociales y políticas que los definen como delincuentes, ladrones, etc. Por lo regular, estos trabajos escinden al barrio de relaciones políticas, económicas y sociales más amplias (Gravano, 2005), y no consideran los antagonismos entre clases. Por ello, necesitamos poner piso firme en la forma en que abordaremos al barrio desde una perspectiva de clase social.

En este trabajo pensamos la presencia de una clase proletaria bajo la centralidad del trabajo, es decir, por su relación subordinada con los medios de producción, por ser parte necesaria en la alteración de los procesos de producción y acumulación capitalista, y desde luego por las alteraciones en la vida de los sujetos (Roseberry, 1997). La centralidad del trabajo es obligatoria para tomar en consideración los desplazamientos laborales, las condiciones en que el proletario ingresa a nuevos mercados, las políticas del Estado, las formas en que son tratados por la sociedad y las implicaciones que las mismas tienen en su quehacer cotidiano. Además, tomar una postura marxista para analizar al barrio exige no pensarlo como una comunidad cerrada o aislada, sino inserto en relaciones sociales, políticas y económicas más amplias. El concepto de totalidad nos ayuda a no omitir al barrio en el papel estructurante e histórico de la generación de la lucha de clases (Gravano, 2005; Tapia, 2015). La visión del barrio dentro de una totalidad es necesaria para romper esencialismos y análisis superfluos del barrio, pero resultaría inocua si no se da cuenta de los procesos a nivel de la vida diaria de los actores sociales.

Desde sus inicios, los estudios sobre el barrio han considerado que este es un espacio social de diferenciación, conflicto y lucha por medio de la atribución o negación de un conjunto de valores que conforman lo barrial, como valores opuestos a los de la ciudad o a los de otros barrios (Gravano, 2005). La misma situación se ha considerado en el barrio inmigrante o étnico al definirlo como: un espacio fundacional cultural de inmigrantes –por ejemplo, de latinos o chicanos- en constante conflicto y resistencia. En

términos de relación espacial es históricamente un espacio de segregación y represión de las clases bajas o grupos étnicos, en el cual se les asigna una subcultura de la violencia y la pobreza. Por otro lado, el barrio inmigrante es la reafirmación de la cultura de origen, un espacio independiente, étnicamente delimitado, defendido e impregnado del desarrollo de costumbres y tradiciones que continúan forjando una identidad del lugar de procedencia (Díaz, 2005:3; Domínguez, 2005; Le Texier, 2004). Bajo este concepto se vislumbraba la posibilidad, para los inmigrantes, de resolver algunos de sus problemas al resaltar los valores positivos que se derivan de la concentración en un mismo lugar (Le Texier, 2004).

Algunos estudios en barrios inmigrantes han comenzado a documentar las formas de cohesión, luchas y reinterpretaciones de políticas migratorias por parte de estos sujetos. Por ejemplo, Dohan (2009) considera que la legalización de prácticas de economía informal, el desarrollo de una economía ilícita -robando y vendiendo drogas- y la "normalización" del uso indebido de programas de asistencia social son posibles como formas de vivir el día a día en barrio de origen mexicano en California. Por su parte, Coutin (1998) y Hagan y González (1993) analizan la circulación de información, ayuda y reinterpretaciones de políticas migratorias entre miembros de un mismo barrio para poder luchar o acceder a la legalización de sus status migratorios.

No obstante, es necesario considerar que los estudios de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos han sido abordados bajo el concepto del transnacionalismo, particularmente a partir de la creación de comunidades o espacios (Goldring, 1997; Pries, 1997). Mediante el concepto de comunidad y espacio transnacional se ha hecho hincapié en algunas realidades que también se abordan bajo el análisis del barrio. Por ejemplo, en el transnacionalismo se ha dado importancia a las redes sociales que tejen migrantes para sus traslados, recepción, acoplamiento, cobijo y éxito económico en los lugares receptores. Por tanto, las redes sociales han contribuido al crecimiento de espacios propicios para organizarse política, económica y socialmente, y contender por mejoras para la comunidad migrante (Chávez, 2008; Smith, 2006). En espacios y comunidades transnacionales se han privilegiado los análisis de las dinámicas interpersonales entre amigos, familiares, compadres y vecinos de una

misma localidad. Además, dichas estrategias han sido concebidas como estrategias para bloquear sus vulnerabilidades en nuevos entornos (Duran, 2000; Marroni, 2009; Smith, 2006).

En el estudio de barrios también se ha dado importancia a las relaciones sociales entre sujetos de una misma localidad, al desarrollo de prácticas culturales y la construcción de una identidad social. Oehmichen (1992) considera que el barrio ha sido importante para establecer la producción de costumbres, formas de pensar y actuar que sustentan la identidad de la comunidad. Por otro lado, Gravano (2005: 173) propone el desarrollo de una "imiginalidad" con la cual el sujeto recupera la dimensión significativa, representativa, subjetiva, vivida y simbólica o cultural. La misma situación toma en cuenta Lefebvre (1991) al momento de analizar la producción del espacio social, dado que considera que se debe prestar atención a los siguientes aspectos: 1) la producción y reproducción de lugares específicos, tipos y jerarquías de lugar y conjuntos espaciales de formaciones sociales específicas; 2) la representación del espacio social en base a discursos acerca del mismo, que están ligados a las relaciones de producción y el orden que estos imponen; y 3) un lugar de representación que ofrece alternativas complejas codificadas, decodificadas y recodificadas utilizadas como resistencia simbólica.

Por su parte, las prácticas culturales han sido fundamentales para estructurar al barrio, dice Ledrunt (en Lamy, 1986). Gravano (2005), al examinar las propuestas sobre el barrio a lo largo del siglo XX, encuentra la importancia de las relaciones sociales primarias en la configuración del mismo. Considera que las relaciones de parentesco, las de amistad y proximidad entre personas de una misma comunidad son necesarias para la posibilidad de vida en el seno de los modernos centros urbanos.

En los estudios barriales, los análisis de la identidad social han sido importantes para captar las atribuciones de los residentes, sobre el lugar que habitan, o de quienes los ven desde afuera. Asimismo, se ha abordado la reproducción de tradiciones de los grupos a veces como continuidades históricas o como recursos adaptativos en nuevos entornos (Gravano, 2005). Finalmente, se considera que la identidad social en el barrio, lejos de ser única y de estar explicada en base a una misma historia, está dada por

la heterogeneidad de los sujetos, por ser un lugar de reunión de múltiples identidades sociales (Tapia, 2015).

Aunque los trabajos sobre el barrio han abordado la cultura para establecer límites sociales y diferenciaciones con otros grupos, la misma es escindida de procesos de dominación y luchas que se manifiestan en el día a día, dado que las formas que tiene la gente de ver al mundo, su modo de vivir y comprender su lugar en la realidad en que viven es parte de su clase social (Crehan 2004). Asimismo, al analizar la cultura de clase inmigrante, buscamos dar cuenta de la reinvenición o reproducción de valores de cooperación y reciprocidad necesarios ante las nuevas realidades económicas, con el fin de apuntalar la continuidad de la comunidad en un nuevo espacio (Roseberry en Gómez, 2008; Thompson en Meiksins Wood, 1983, 1995).

Por tanto, al igual que Marx, entendemos la determinación de la clase social más allá del modo de producción y de meras expresiones económicas, la ubicamos en los sentimientos de comunidades, formas de pensamiento y prácticas culturales (Meiksins Wood, 1983). Thompson (1984) fue el que profundizó sobre este punto sin apartarse de los mecanismos subyacentes a la protesta social y política, el conflicto social y la confrontación entre grupos. Al analizar a la sociedad inglesa del siglo XVIII, consideró la existencia de una economía moral basada en un modelo de comportamiento establecido por la costumbre, que norma las acciones de la multitud, establece los límites de lo soportable o lo intolerable, de lo legítimo e inaceptable en cada situación específica y determinada. La economía moral está determinada por dimensiones y realidades de la ética y de la moral humana, de aquello que es correcto, incorrecto e inestable (Aguirre, 2010).

Entonces, las acciones morales pueden funcionar como mecanismo de regulación para el funcionamiento cotidiano del proletariado y el desarrollo de la acción abierta y reguladora de la multitud. La moral articula la clase, le da sentido de comunidad y de constante contienda, no sólo por mejorar sus condiciones laborales, nivel de vida y de consumo, sino por los valores de una cultura diferente, donde también se hacen manifiestos los conflictos subyacentes de los pobres contra los ricos (Thompson, 1963:62).

Por ello, retomamos la moral del trabajador inmigrante como principio estructurante para definir quiénes son y quiénes no son, para mantener un sentido de autoestima y dignidad, para regular su vida abocada al trabajo duro y como un camino para darle dignidad (Lamont, 2000). La moral será punto de partida para la generación de solidaridades de clase social. El desarrollo de solidaridades es parte de la conciencia de clase que los inmigrantes forjan al ubicar intereses y problemas comunes. Las solidaridades de clase son entendidas como aquellos actos y sentimientos de unidad, protección, apoyos, metas e intereses que desarrollan los inmigrantes a partir de los lazos sociales que los unen, y se postran como consuelo, defensa y solución a las vicisitudes cotidianas resultantes de las estructuras de dominación. Las solidaridades subalternas hallan en la cultura de los inmigrante su trasfondo o explicación, dado que las costumbres, ritos, símbolos, etc., son factores que los identifican y los mantiene en una relación antagónica con la clase dominante (Thompson, 1984).

A partir de la moral y las solidaridades de trabajadores internacionales determinamos la presencia de la clase social proletaria, pues mediante ellas, los inmigrantes pueden materializar tradiciones y socializaciones contrarias al desarrollo de las lógicas económicas, a los intereses de la clase dominante y a las expresiones de coerción local. Reiteramos que estas propuestas están presentes en los análisis del barrio, de hecho, retomaremos muchas de ellas, pero aquí proponemos enmarcarlas siempre desde los antagonismos de clase.

Finalmente, aclaramos que usaremos el concepto de inmigrante ilegal y no indocumentado o irregular (Durand, 2000; González, 2010). Argüimos que mediante la ilegalidad se pueden considerar las imbricaciones del poder de la clase dominante en ámbitos políticos, económicos y sociales. La ilegalidad es útil para abordar las relaciones antagónicas entre clases, ya que el Estado, mediante su potestad soberana de proteger a sus ciudadanos y sus frontera, se ha reestructurado dando paso a nuevas instituciones (Sassen, 2001), ha validado una serie de políticas antimigratorias, y el uso del rigor de ley contra las personas que se desplazan, al tiempo que ha creado nuevos sujetos de arresto, detención y deportación (De Genova, 2005).

Esto no es más que la producción política del inmigrante ilegal para desarrollar situaciones varias, algunas veces de índole subjetiva (ser sujetos sin derechos) y otras veces objetivas (ser arrestados y deportados), eficaces para infundir temor en sus vidas diarias y reforzar las bases del disciplinamiento, conformismo y fragmentación en el medio laboral. Por otro lado, la producción política de la ilegalidad ha hecho considerar al proletariado internacional la necesidad de espacios y estrategias donde la dominación puede ser desafiada, tal como en los barrios inmigrantes. La inmigración ilegal y el barrio serán oportunos no solo para estudiar al sujeto no deseado, castigable o excluido de derechos, sino también para captar la perpetuación de la lucha entre clases sociales.

Contexto económico y redes sociales para arribar a Queens

Iniciamos nuestro trabajo considerando las solidaridades de clase a partir de las alianzas y ayudas entre familiares y amigos para desplazarse a nuevos mercados laborales internacionales. El apartado construye, a través de entrevistas semiestructuradas y estructuradas y conversaciones informales con migrantes de la primera etapa, las redes que fueron tejiendo para su desplazamiento, arribo e inserción en Nueva York. Estas acciones son expresiones de pertenencia a una misma clase social, al ubicar la necesidad de ayuda mutua para poder vender su fuerza de trabajo ante las vivencias económicas precarias comunes en sus localidades de origen. Antes, tomamos en cuenta los factores estructurales que permitieron el arribo de migrantes a este destino.

La presencia latina en Nueva York se incrementó tras la liberalización de las leyes migratorias del año 1965, que otorgaba a personas de todos los países las mismas oportunidades de entrar a Estados Unidos, y por la necesidad de trabajadores baratos ilegales en empleos bajos. Las migraciones internas de afroamericanos y las externas de puertorriqueños fueron sustituidas ampliamente por las migraciones latinoamericanas, caribeñas y asiáticas (Foner, 2001; Waldinger 1996). El cambio económico de la producción de manufacturas a los servicios necesitó fuerza de trabajo ilegal. En 1985, el sector de servicios fue el mayor proveedor de empleos y donde más se empleaban trabajadores (Waldinger, 1996).

Pese al cambio económico, la industria del vestido en Nueva York resurgió en los años 1981 y 1982, gracias a las oleadas de fuerza de trabajo barata. Los inmigrantes ilegales se insertaron significativamente en las fábricas, y de ellos se aprovecharon los empleadores para revitalizarlas y hacerlas competitivas dentro del sistema de producción flexible (Green, 1997; Waldinger, 1996). De hecho, hallamos al menos una media docena de informantes femeninas de primera y segunda etapa cuyo primer empleo se materializó en dichos talleres. Así, los migrantes mexicanos, entre otros, arribaron en un momento coyuntural apropiado para el mercado laboral neoyorquino.

Los mexicanos, particularmente mixtecos poblanos, han arribado a Nueva York desde 1940. En la Mixteca Poblana se desarrollaron tres fases de migración a la "Gran Manzana", según Smith (2006). La primera duró veinte años, de 1940 a 1960, siendo pocas las familias que migraron, pero fueron quienes ayudaron a otros familiares a trasladarse. 2) La segunda va de 1970 a 1980 y se caracterizó por una amplia inserción de hombres y mujeres gracias a las redes de ayuda. 3) Finalmente, en la última fase, de 1980 a mediados de 1990, hubo una explosión de migrantes debido a las crisis económicas mexicanas.

La historia migratoria de la Mixteca Poblana marcó un derrotero de cambio laboral para este lugar y para regiones aledañas. A la postre éste sería el punto de enganche para la partida de un mayor número de personas. Migrantes de la primera etapa destacan que las redes de familiares, compadres y amigos del interior del Estado de Puebla propiciaron la salida de cientos de personas rumbo a la ciudad de Nueva York. Posteriormente, los pioneros de cada comunidad despertaron la idea del viaje, al narrar las bondades económicas de los empleos norteamericanos. Así sucedió con el señor Ortega, quien dijo: "a principios de 1980 empezamos a traer mucha gente de nuestro pueblo, al menos una docena. Primero traje a mis hermanos y después a mis amigos que me pedían ayuda" (J. Ortega, información personal, 5 de septiembre del 2011).

Para inicios de la década de 1980 la migración inició con directrices ascendentes. Migrantes de la segunda etapa magnificaron lo oportuno de las redes para escapar a la falta de empleo, salarios deprimidos y momentos críticos en México, con las sucesivas crisis económicas. Estas

experiencias instituyeron en los inmigrantes el desarrollo de la solidaridad con hermanos, tíos, primos o amigos que deseaban insertarse en los flujos laborales internacionales. Todo aquel con deseos de migrar al “norte”, nombre que muchos migrantes mexicanos le asignan a Estados Unidos, encontró ayuda en familiares y amigos. Por ejemplo, el futuro incierto y desesperante de Miguel como campesino, lo condujo a viajar a Nueva York con la ayuda de un primo. Una vez establecido en Queens, nunca se negó a asistir a sus hermanos que quisieron viajar a este lugar porque recuerda que siempre tuvieron una vida precaria al ser doce hermanos (M. Calderón, comunicación personal, 24 de julio de 2014).

La migración de poblanos se aceleró en un corto lapso de tiempo trayendo al mayor número de inmigrantes a Nueva York durante los primeros años de la década de 1990. Del análisis de las trayectorias de nuestros informantes, hallamos que el éxodo pasó a ser de tipo familiar, al incorporar a hijos y esposas de inmigrantes. Esto se debió a la presencia de polleros regionales -personas encargadas de conectar a viajeros con los llamados coyotes, quienes los cruzan en la frontera-, a los viajes en grupos de familiares o amigos, y a que los inmigrantes desde Nueva York animaban y patrocinaban económicamente a otros deseosos de salir en busca del “Sueño Americano”.

Los arribos de poblanos continuaron en la década de 2000 al 2010. Para este tiempo comenzaron a presentarse casos recurrentes de reunificaciones familiares, tras la solicitud de residentes legales o ciudadanos, para otorgar la *Green Card* -tarjeta verde que manifiesta la estancia legal temporal de un inmigrante- a esposa e hijos. Pero la migración ilegal continuó produciéndose con patrones similares a los de las décadas de 1980 y 1990. Hasta el día de hoy la migración se ha mantenido bajo la tónica de la ilegalidad y el apoyo en redes sociales, pero el número de viajeros ha disminuido drásticamente debido al despliegue de un mayor número de recursos humanos y tecnológicos, y de la incursión del crimen organizado que controla las formas clandestinas de cruce fronterizo.

El paso del tiempo ha constatado que las relaciones sociales de parentesco, amistad o compadrazgo han sido lazos fuertes y hasta el momento irrompibles para colaborar en la salida, arribo e instalación de migrantes externos. Una pregunta recurrente en nuestras entrevistas

semiestructuradas a migrantes pertenecientes a las cuatro etapas, buscaba indagar quién había patrocinado al informante para desplazarse del lugar de origen, asentarse y adaptarse en el actual lugar de residencia. Las respuestas en general giraron alrededor de las figuras paternas, hermanos, tíos, primos y amigos de la misma localidad. Ellos fueron quienes ayudaron económicamente para el traslado, proporcionaron vivienda y alimentación, colaboraron en el hallazgo de un empleo, mostraron el lugar, enseñaron a usar el sistema de transporte subterráneo (metro), invitaron a mudarse a otros lugares, etcétera. Entonces, proponemos que las redes no son compromisos forzados entre familiares y amigos, sino que son solidaridades que establecen miembros de una clase social para ayudarse a hacer frente a las mismas vivencias económicas precarias.

Sin lugar a dudas, las redes sociales migratorias subsidian el desarrollo del capitalismo con la incorporación de fuerza de trabajo barata, enclaustran a los migrantes en un mismo espacio y los llevan a ocupar empleos precarios. Pero, en su lado positivo, las redes se ajustan al flujo de migración ilegal proveyendo vías seguras o con mayor fluidez para el paso, y facilitan el asentamiento e ingreso en el mercado laboral en el lugar de recepción (Durand, 2002). Asimismo, las redes sociales son expresiones de los valores morales entre los miembros de la misma comunidad, con el fin de privilegiar el apoyo social, por sobre los intereses individuales.

Producción del barrio latino

El flujo acelerado de migrantes mexicanos a Nueva York fue trascendental para la producción del barrio latino en Queens durante la segunda mitad de la década de 1990. La tumultuosa llegada de mexicanos, de los Estados de Puebla, Guerrero, Tlaxcala y el Distrito Federal, exigió el desarrollo habitacional, comercial, instituciones civiles y la apropiación de espacios revestidos con sus características culturales, que permitieran desarrollar la percepción de ser un refugio inmigrante. Describimos el desarrollo material del barrio para contextualizar la producción latina de Jackson Heights y Elmhurst/Corona; pero la finalidad es describir los espacios donde los inmigrantes entablan interacciones diarias, desarrollan

ideas y acciones para designar al barrio como un espacio de confort y donde hacen frente a su producción como ilegales.

Los informantes de primera etapa fueron importantes con sus vivencias, en el proceso de construcción del barrio latino en Queens. Un 60% de ellos concordaron en argumentar que los mexicanos se establecieron en los vecindarios de Jackson Heights y Elmhurst/Corona debido a su cercanía con la ciudad de Manhattan, lugar de trabajo para muchos, por el alquiler de viviendas a menores costos y por la presencia ascendente de población latina. Sin embargo, no todo fue fácil, dado que la población neoyorquina tiene el inconveniente de enfrentarse al mercado de bienes raíces más ajustado de la nación (Rosenbaum, Samanthe y Buddelmeyer, 1999). Por ello, los inmigrantes de primera generación presentaron la constante de habitar unidades domésticas en condiciones de hacinamiento extremo (por ejemplo, convivían en un mismo departamento con 15 o 20 familiares y amigos de la misma comunidad). Narran una serie de dificultades cotidianas provocadas por estar alojados en departamentos pequeños, pero también señalan el ahorro económico en los pagos de renta, el intercambio de comentarios sobre sus empleos y la posibilidad de aconsejarse sobre las penurias que experimentaban. Esta situación permitió el vínculo constante con su comunidad de origen, al recordar a personas y festejos, e intercambiar información sobre su sociedad de procedencia.

La presencia masiva de inmigrantes en la actualidad continúa exacerbando la problemática de la obtención de una vivienda. A los inconvenientes antes mencionados, se sumaron costos elevados de renta, bajos índices de vivienda disponible, degradación del hábitat, abusos de caseros, etcétera. El hacinamiento continúa presentándose como una forma de ahorrar dinero -al compartir los pagos de renta, luz y gas-, resulta necesario para sobrevivir con los bajos salarios percibidos y es señal de los fuertes lazos entre familias, amigos y miembros de la comunidad. Por ejemplo, Moy dijo estar viviendo en un espacio reducido con su familia y la de su hermano, pero dijo: "yo me movería a otro lugar si mi hermano me dice, yo voy a donde vaya él" (M. Torrez, información personal, 21 de julio del 2014). Entonces, el hacinamiento no es solo el exceso de moradores en una vivienda, sino que es una estrategia para que los inmigrantes sigan compartiendo experiencias de vida junto a miembros de su misma localidad,

es una forma de obtener vivienda como trabajador internacional debido a sus salarios precarios y para cuidarse entre ellos ante cualquier adversidad.

Por otro lado, el asentamiento considerable de inmigrantes mexicanos y latinos impulsó el desarrollo comercial propio de estos grupos. En diversas calles se establecieron negocios de comida, abarrotes, ropa, calzado y suvenires regionales, entre otros, que permitieron el desarrollo del barrio latino. Actualmente, para algunos inmigrantes la sensación de caminar por la Avenida Roosevelt –calle emblemática para los inmigrantes en Queens– no dista de caminar en cualquier calle de la ciudad de México. El comparativo entre ambos lugares puede estar fuera de proporción, pero no para Lucas, migrante de tercera etapa, quien dijo: “todo lo que venden a allá -México- lo encuentras aquí. Hasta la gente es la misma que conoce uno” (L. Ventura, información personal, 10 Agosto del 2014).

Este comparativo es sugerente para entender cómo se ve y se percibe una de las calles emblemáticas del barrio para los inmigrantes. Los comercios latinos de la Avenida Roosevelt y calles aledañas, decorados con los colores nacionales, paisajes regionales, llamados con el mismo nombre de la localidad, región o país de origen y atendidos por sus propietarios, ofrecen una gran variedad de productos en tiendas de abarrotes, verdulerías, panaderías, zapaterías, tiendas de ropa, herbolarias, restaurantes y bares, entre otros. Además, el comercio latino colabora para una rápida adaptación, reduce la añoranza de productos comestibles de sus dietas diarias y resulta medular para delatar la producción de un barrio latino. Este fue uno de los puntos relevantes que señalaron los migrantes de primera etapa, en comparación con los de tercera y cuarta etapa. Durante la década de 1980, el comercio latino estaba ausente: “conseguir tortillas era posible solo en una tienda, pero hoy -2012– las consigues en cualquier lugar”, dijo Beto (B. López, información personal, 30 de julio del 2012).

La presencia comercial latina es un referente identitario para incluirse dentro de un grupo inmigrante, de un espacio y al mismo tiempo, para excluir a “otros”. Por ejemplo, estando en un restaurante mexicano de Elmhurst/Corona, JM, migrante de segunda etapa, manifestaba con sarcasmo la sinrazón de la presencia de una familia americana y una china. Dijo: “Ora estos, ¿qué piensan?, que aquí venden lo que ellos comen”. Las palabras del informante manifestaban un consumo diferenciado, una

distinción y la demarcación del barrio como espacio exclusivo de mexicanos o latinos. En el barrio el intruso no es el inmigrante, sino aquel ajeno a sus entramados culturales.

La presencia multitudinaria latina exigió también de instituciones políticas que pelearan por derechos y mejoras para ellos. El Instituto de los Mexicanos en el Exterior (2007) documentó la presencia de organizaciones civiles y religiosas mexicanas en Nueva York desde finales de la década de 1990. Las mismas se han dedicado al desarrollo de fiestas patrias y católicas, a la difusión de las tradiciones culturales nacionales, a la capacitación de la población mexicana con clases de inglés y a la difusión de sus derechos civiles.

En los últimos años las organizaciones civiles han desarrollado una participación política constante con marchas o plantones para exigir la detención de leyes contra inmigrantes y modificarlas por proinmigrantes. En otras ocasiones han realizado conferencias para informar a la comunidad sobre temas que los afectan en el ámbito de la vivienda, empleo o producción de la ilegalidad. Por ejemplo, durante el primer semestre del año 2012, brindaron información y asistencia legal para jóvenes inmigrantes ilegales que podían ser beneficiados con la aprobación del *Dream Act*, propuesta que legalizaría a estudiantes indocumentados que hubiesen llegado a Estados Unidos siendo menores de edad.

Las organizaciones civiles han tratado de incentivar la participación política de los inmigrantes, pero han fracasado. La instauración de la organización civil "Se Hace Camino Nueva York" en pleno corazón del barrio latino muestra que los habitantes sólo la consideran como un centro de apoyo para tramites de salud, status migratorio, problemas de vivienda, etcétera, pero no para sumarse a la lucha política por mejorar sus condiciones de vida.

La participación inmigrante ha sido más recurrente en instituciones religiosas, ya sea solicitando sus servicios o formando grupos clericales de apoyo para festividades. Por su parte, la iglesia católica y otras protestantes han sido solidarias con los inmigrantes tanto en los servicios que ofrecen como en la búsqueda de solución a sus problemas migratorios. Algunos sacerdotes se han capacitado en el conocimiento de leyes migratorias para ayudar a la comunidad. Las iglesias y organizaciones religiosas han sido

importantes en la producción del sentido de comunidad en el barrio. La idea de comunidad -de valores compartidos y de asociación duradera- se fortalece junto a los festejos católicos en Nueva York, como el de la Virgen de Guadalupe. Este festejo nacional y otros locales, han permitido vincular al barrio inmigrante mexicano con la identidad nacional (Hirschman, 2006).

Los espacios latinos de recreación también han aumentado paulatinamente. El parque Flushing puede ser el más emblemático al reunir todos los días veraniegos a familias latinas que descansan, juegan o realizan días de campo. También es el marco de gran número de festejos nacionales latinos. Por ejemplo, la conmemoración del 5 de mayo -"La Batalla de Puebla"- ha pasado a ser la celebración mexicana de mayor reconocimiento en Nueva York. El parque Flushing es el sitio donde celebridades de la farándula y políticos nacionales se reúnen con la comunidad mexicana para disfrutar de un día nacional amenizado con danzas folklóricas, música y comida típica. Estos eventos hablan de la presencia de sujetos que reclaman un espacio para celebrar sus particularidades culturales.

Los parques públicos, la calle, la cafetería, el restaurante, la tienda de abarrotes, la parada de autobuses, el tren, etcétera, posibilitan que en el barrio se desarrollen encuentros con amigos de antaño y abre la posibilidad de reunirse en el departamento, bar o restaurante para ver partidos de fútbol, celebrar cumpleaños o fiestas patrias, o simplemente para tener un momento de convivencia. Estos instantes dan importancia al barrio y ayudan a mermar problemas emocionales de soledad, estrés laboral y añoranza de la familia, parte de lo que Thompson consideraba los sentimientos de clase (en Meiksins Wood, 1983).

Muchos migrantes de la tercera y cuarta etapa, a diferencia de la primera y segunda, expresaron haberse decepcionado del condado de Queens porque no era el "lugar bonito que veían en fotos". Pero también hablan de una rápida adaptación y seguridad gracias a la producción del barrio latino. Consideran la trascendencia del barrio en el conjunto de relaciones sociales que se despliegan cotidianamente para tener vidas apacibles o para encarar diferentes problemáticas. Actos como el comunicarse en su mismo idioma, el encontrarse en las homilías dominicales y el reunirse con amigos y familiares en los departamentos,

entre otras cosas, son acciones que dan muestra de la importancia de la apropiación de un barrio inmigrante. Reafirmamos que la visión política y de algunos sectores sociales de considerarlo un barrio pobre o de delincuencia, es sustituida por sus habitantes al producirlo como lugar impregnado de valores morales y particularidades culturales que los unen robustamente.

Solidaridades cotidianas en barrios inmigrantes

Finalizamos explorando casos concretos de solidaridades de clase, prácticas y relaciones sociales que se articulan para hacer frente a las vulnerabilidades que se topan a diario en el ámbito laboral, el doméstico y por sus status migratorios ilegales. Insistimos en mostrar a las solidaridades de clase como respuestas posibles gracias a la producción del barrio latino.

Los arrestos y deportaciones de inmigrantes en el barrio han sido usuales desde los primeros arribos. Los inmigrantes de la primera etapa narran que durante los primeros años de 1980, eran comunes los encuentros con agentes de inmigración en las paradas de tren, la calle o en redadas en los lugares de trabajo. Actualmente, debido al incremento de inmigrantes ilegales deportados en las administraciones de Barack Obama y ante las amenazas de Donald Trump, el fantasma de la deportación se convirtió en un temor cotidiano. Pero en el barrio, la circulación de información ha sido el medio más eficaz para evadir a las autoridades migratorias.

El barrio no es una fortaleza impenetrable por agentes de inmigración, pero la solidaridad en el mismo permite a sus miembros alertarse e intercambiar información para evadirlos. A diario podemos escuchar conversaciones entre vecinos, compañeros de trabajo o medios masivos de comunicación hispanohablantes refiriéndose a actos contra la población de status migratorio irregular. Por ello, los inmigrantes se alertan de la presencia de los agentes de *Immigration and Customs Enforcement* y se aconseja tener precaución a quién abrir la puerta y a qué lugares acudir. Las conversaciones entre migrantes denotan temor por ser arrestados y deportados, pero al mismo tiempo se crea una idea de que en el barrio, por ser una población mayoritariamente sin documentos legales, "no pasa nada". Esto dijo Jesús, y sumaba que las deportaciones ocurrían en otros

Estados, pero no en Nueva York (J. Manríquez, información personal, 14 de junio del 2014). Las palabras de Jesús son fundamentales porque muchos, como él, consideran al barrio como un refugio contra los arrestos de agentes de inmigración.

Las noticias de posibles reformas proinmigrantes, abordadas por los inmigrantes y auspiciadas por los medios masivos, constituyen también una constante en el barrio más con ánimo que veracidad, ya que se ha observado el deseo nulo de los políticos por aprobar alguna ley que legalice a millones de inmigrantes indocumentados. No obstante, en el barrio han desarrollado medidas ingeniosas para reinterpretar leyes migratorias a su favor. Por ejemplo, algunos migrantes de primera y segunda etapa pudieron legalizar sus estancias gracias a la ley *Immigration Reform and Control Act* de 1986, que ofreció a los extranjeros que habían ingresado en 1980 la posibilidad de solicitar residencia temporal; y la 245(i) de 1994, que permitió la legalización de personas que fuesen solicitadas por empleadores o un miembro cercano de la familia con status legal. Muchos de ellos no cumplían con el tiempo de arribo estipulado o no contaban con la documentación necesaria para iniciar sus trámites; sin embargo, familiares, amigos o conocidos en el barrio les brindaron ayuda para obtenerlos e iniciar sus trámites de legalización.

Muchos inmigrantes mencionan el dicho popular que dice: "el peor enemigo de un latino es otro latino" para hacer notar los conflictos que presentan dentro de las jornadas laborales, las envidias o competencia por mejores puestos de trabajo y salario, o las fragmentaciones entre migrantes legales e ilegales por el miedo de los segundos a ser remplazados por los primeros. No obstante, las solidaridades entre migrantes de las cuatro etapas han sido vitales para posicionar a connacionales dentro de los mismos empleos o informarles de vacantes. En los últimos años, cada vez más empleadores verifican la autenticidad del Número de Seguro Social, documento necesario para la contratación laboral y mantener un registro correcto de sus ingresos laborales. Los inmigrantes ilegales, al contar con un número de seguro social falso, se han visto impedidos de ser contratados, pero la circulación de información en el barrio se vuelve primordial para saber a cuáles empleos acudir sin importar la ilegalidad. Esta es una expresión de solidaridad de clase en tanto todo inmigrante

necesita generar ingresos económicos para cubrir sus múltiples gastos en Nueva York, enviar dinero a su familia en México, y debido a que la ilegalidad a veces les impide plena libertad de asalariarse (De Genova, 2010).

En los empleos donde abunda fuerza de trabajo latina se ha profundizado el análisis sobre los conflictos y fragmentaciones entre connacionales y otros latinos, pero en muy pocas ocasiones se ha mencionado el profundo sentido de solidaridad ante problemas individuales o familiares. La historia de Fanny -inmigrante ilegal colombiana- que nos contó Martina -inmigrante mexicana- sobresale de otras para destacar la solidaridad entre trabajadores extranjeros. Fanny fue diagnosticada con cáncer terminal a finales del año 2012. Los doctores le recomendaron partir a su país, pero su precaria situación económica, por el abandono de sus dos empleos, le impedían partir. Sus ex-compañeros de trabajo, al enterarse de su estado de salud, organizaron colectas para poder ayudarla económicamente. Reunieron más de 500 dólares en dos días. La mayoría se solidarizó y aportaba desde 20 a 50 dólares, dijo Martina (M. Aguirre, información personal, 21 de agosto del 2015). A personas como ella, con graves problemas económicos por ser divorciada y con tres hijos, no les importó aportar 50 dólares para que Fanny pudiese regresar a su país, aunque ese dinero tal vez fuese útil para la comida de sus hijos. Los compañeros de trabajo se solidarizaron con ella por el final trágico que tendría, pero también por las mismas penurias que todo migrante puede llegar a experimentar.

Finalmente, concluimos el estudio poniendo atención en la trascendencia de las alianzas familiares para el desarrollo de sus vidas inmigrantes. Argumentamos que prácticas como realizar un trámite en la oficina de gobierno, escuela u hospital, informar sobre programas de ayuda, cuidar a hijos de familiares debido al deber laboral de ambos padres y las alianzas de compadrazgo entre connacionales, entre otros, no serían posibles sin la instalación en los mismos espacios barriales.

La formación de familias por parte de inmigrantes de la segunda etapa obligó a que tuvieran que acercarse a instituciones públicas para solicitar servicios de salud, asistencia social y educación para sus hijos. Para los inmigrantes ilegales ha sido complicado asistir a estos lugares por temor a

desconocer el proceso requerido para solicitar dichos apoyos, por no hablar el idioma inglés y por pensar que cuestionarían su status migratorio. Informantes femeninas, como las señoras Reyna, Tomasa y Alberta, afirmaron que en el barrio no debe ser problemático, ni mucho menos sentir temor, tramitar servicios que por derecho les corresponden a sus hijos por ser ciudadanos norteamericanos. Las dos primeras dijeron sentirse tan seguras que han ayudado a familiares y vecinas en sus trámites. Particularmente Tomasa afirmó que se siente bien ayudando a sus vecinas en trámites ante el hospital, la asistencia social y las escuelas (T. Zarco, información personal, 16 de junio del 2013).

Por otra parte, en tiempos de recesión económica, que afectó los empleos de miles de trabajadores en el sector de servicios y la construcción, el análisis de la variable de género nos permitió abordar el caso de las amas de casa que se vieron obligadas a ingresar a un trabajo asalariado para colaborar con los gastos del hogar. Esto nos permitió detectar arreglos domésticos y el apoyo de la familia extensa para hacer frente a sus necesidades económicas. Los casos de trabajadoras con horarios laborales flexibles fueron pertinentes para ver las alianzas entre hermanas, tías y primas. Los acuerdos mutuos entre ellas, y a veces esposos, eran esenciales para poder cumplir con las jornadas laborales y con sus deberes en el hogar. El hecho de no ser trabajadoras constantes los cinco días de la semana y poseer horarios flexibles, les permitía concluir su jornada a una de ellas y cuidar o recoger de la escuela a los hijos de otra. Estas prácticas de reciprocidad son expresiones de estrechamiento de los lazos familiares, y al mismo tiempo son estrategias para regular sus vidas laborales, necesarias para generar mayores ingresos económicos.

Las contingencias vividas a diario por los inmigrantes los llevan a reflexionar sobre la importancia de las alianzas con otros para poder respaldarse ante situaciones complicadas. El compadrazgo es una práctica social que permite crear nuevas alianzas o estrechar las existentes entre familiares y amigos, gracias al fuerte sentido de respeto, unión y reciprocidad que exigen las costumbres religiosas católicas. El compadrazgo, a través de rituales de iniciación católica, está entre los actos más importantes que han dado la posibilidad de perpetuar relaciones comunales o nacionales. Este fuerte lazo de unión se manifiesta en más de

una ocasión con encuentros, favores e invitaciones como símbolo de unión y cercanía. Si bien las relaciones de amistad entre sujetos de diferentes partes de Latinoamérica van en incremento, son los vínculos entre miembros de la misma comunidad, región, Estado o país los privilegiados por el profundo respeto de sus tradiciones culturales y la asignación de los mismos valores morales de lo que debe ser correcto en este tipo de relaciones afectivas.

Conclusiones

Es cierto que la solidaridad es una acción elemental de toda sociedad para su perpetuación. Partiendo de esta premisa pareciera que no estamos aportando nada nuevo. Sin embargo, bajo el desplazamiento laboral de sujetos de un país a otro, las acciones políticas con la finalidad de hacerlos ingresar y mantenerlos como una fuerza de trabajo barata, disciplinada y explotable, -todas ellas expresiones de la dominación actual sobre el proletariado internacional-, las solidaridades de clase social se muestran como estrategias necesarias para tratar de dar solución a los problemas que se encaran diariamente en los nuevos entornos.

Por ello, hemos presentado un análisis del barrio desde la perspectiva de clase social, argumentando que la producción del barrio es ideal para que, revestido bajo moralidades, repertorios culturales, sentimientos e ideas de sujetos de una misma comunidad, región o países, permita la producción de un imaginario de un espacio de confort, asidero de alianzas e identificación de trabajadores extranjeros. Entonces, el barrio aparece, en primer lugar, como un recurso de ayuda entre iguales, y en segundo lugar, permite desarrollar una diferenciación como clase social al poseer morales e intereses diferentes a los de la clase dominante.

Sin lugar a dudas, hemos dejado de manifiesto que el barrio es un espacio social propicio para el desarrollo de antagonismos de clases, ya que en su interior los inmigrantes desarrollan una serie de prácticas morales de lo que piensan que es correcto, y solidaridades entre inmigrantes. Por ejemplo, a través de datos empíricos consideramos que el éxodo migratorio y el encadenamiento de mayor número de sujetos fueron posibles gracias a una moral compartida entre familiares y amigos, que permitió instituir en

los sujetos el deber de apoyar el ingreso en los flujos laborales internacionales a todo familiar o amigo de la localidad. Por ello, planteamos que las redes sociales son prácticas de clase si damos cuenta que son estrategias para poder trasladar y asalariar a proletarios con dificultad de vender su fuerza de trabajo.

Asimismo, dimensionamos la producción del barrio latino a través del desarrollo comercial, surgimiento de instituciones civiles y apropiación de espacios públicos, pero lo más importante fue mostrar que los inmigrantes desarrollan y se apropian de un sentido de comunidad donde se identifican como grupo, y donde "el otro" es aquel diferente a las características culturales expresadas en el barrio. La importancia de la apropiación y generación de nuevos espacios latinos también estriba en la posibilidad de seguir manteniendo relaciones sociales con miembros de la misma localidad y con sujetos del mismo status migratorio. De esta forma, el compartir vivienda, conocer la ciudad, caminar en ella y hallar empleo, entre otras cosas, permiten imaginar al barrio como refugio de inmigrantes.

Finalmente, hicimos notar que las alianzas domésticas cotidianas para cumplir sus jornadas laborales, los apoyos entre migrantes para acudir a instituciones públicas de gobierno, información para hallar empleo y las relaciones de compadrazgo, son parte de esa moral de clase que los distingue y articula para poder hacer frente a sus condiciones de trabajador proletario internacional ilegal explotable. Los inmigrantes no sólo se reconocen y se ayudan por ser poblanos o mexicanos, sino por tomar estas experiencias negativas en común y responderlas bajo formas culturales específicas.

Concluimos reflexionando que las solidaridades inmigrantes en espacios receptores no son una solución rotunda a las opresiones que experimentan, pero cuando se analiza la realidad bajo el concepto de clase social, resulta importante identificar los puntos de interés antagónicos entre clases (Thompson, 1984). En el contexto actual, de frecuentes propuestas de políticas antiinmigrantes en diferentes lugares de Estados Unidos y el creciente número de población latina, el barrio inmigrante será un campo fértil de futuras investigaciones para documentar las relaciones de poder.

Bibliografía

- Aguirre, Carlos. (2010). Economía moral de la multitud. En *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*. (1-50). México: UNAM.
- Chavez, Leo. (2008). *The Latin Threat. Constructing Immigrants, Citizens, and the Nation*. Stanford California: Stanford University Press.
- Coutin, Susan. (1998). From Refugees to Immigrants: The Legalization Strategies of Salvadoran Immigrants and Activists. *International Migration Review*, 32(4), 901-925.
- Crehan, Krehan. (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra.
- De Genova, Nicholas. (2005). *Working the Boundaries. Race, Space and Illegality in Mexican Chicago*. Durham: Duke University Press.
- Diaz, David. (2005). *Barrio Urbanism. Chicanos, Planning, and American Cities*. Routledge: New York and London.
- Dohan, Daniel. (2009). *The price of the poverty. Money, Work, and Culture in the Mexican America Barrio*. Los Angeles: University of California Press.
- Durand, Jorge. (2000). Origen es destino. Redes sociales, Desarrollo histórico y escenarios contemporáneos. En Rodolfo Turian (Coord.), *Migración México-Estados Unidos: opciones de política* (pp. 249-262). México: CONAPO.
- Domínguez, Antonia. (2005). View of the Barrio in Chicano and Puerto Rican Narrative. *Americana*, 3, 69-70.
- Foner, Nancy. (2001). Introduction: New Immigrants in a New York. En Nancy Foner (Ed.). *New Migrants in New York* (1-32). New York: Columbia University Press.
- Goldring, Luin. (1997). Difuminando fronteras: Construcción de la comunidad transnacional en el proceso Migratorio México-Estados Unidos. En Saúl Macías y Fernando Herrera. (Coords.). *Migración Laboral Internacional* (55-105). México: BUAP.
- Gómez, Francisco. (2008). Cartografías del poder. Globalización y campesinos en la obra de William Roseberry. *Debate Agrario*, 74, 137-154.
- González, Noelia. (2010). De indeseables a ilegales: Una aproximación a la irregularidad migratoria. *ARBOR, Ciencia, Pensamiento y Cultura* 744, 671-687.
- Green, Nancy. (1997). *Ready-to-wear ready-to-work. A Century of Industry and Immigrants in Paris and New York*. United States: Duke University Press and Durham & London.
- Gravano, Ariel. (2005). *El barrio en la teoría social*. Argentina: Espacio Editorial.
- Hagan, Jaqueline y González, Susan (1993). Implementing the U.S. Legalization Program: The Influence of Immigrant Communities and Local Agencies on Immigration Policy Reform. *International Migration Review*, 3, 513-536.

Hirschman, Charles. (2006). El papel de la religión en los orígenes y la adaptación de los grupos de inmigrantes en Estados Unidos. En Alejandro Portes y Josh DeWind. (Coords.). *Repesando las migraciones. Nuevas Perspectivas teóricas y empíricas* (411-440). México: INM, UAZ Y Miguel Ángel Porrúa.

IME. (2007). Organizaciones Comunitarias Mexicanas en Nueva York. *Mexicanos en el exterior*, 5(2), 1-10.

Lamont, Michéle. (2000). *The Dignity of the Working Men. Morality and the Boundaries of Race, Class and Immigration*. United States of America: Russell Sage Foundation.

Lamy, Brigitte. (2006). Sociología urbana o sociología de lo urbano. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 20(1), 211-225.

Lefebvre, Henri. (1991). *The Production of the Space*. United States of America: Blackwell Publishing.

Le Texier, Emmanuelle. (2004). El Barrio: Exclusion and Participation in a US Urban Enclave. *Reconre Du CEDEM*, 3, 1-24.

Marroni, María. (2009). *Fronteras Perversas, familias fracturadas. Los indocumentados mexicanos y el sueño americano*. Puebla: ICSYH-BUAP, GIMTRAP.

Meiksins Wood, Ellen. (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos Políticos*, 36, 87-105.

Meiksins Wood, Ellen. (1995). Costumbres contra el capitalismo, Dossier: E. P. Thompson. *Razón y Revolución*, 1, 1-12. Recuperado de: <http://revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/viewFile/493/523>

Oehmichen, Cristina. (1992). El Carnaval de Culhuacán: expresiones de identidad barrial. *Estudio sobre las culturas contemporáneas*, 4(14), 163-180.

Pries, Ludger (1997). Migración laboral internacional y espacios transnacionales: bosquejo teórico-empírico. En Saúl Macías y Fernando Herrera (Coords.), *Migración Laboral Internacional* (pp. 17-53). Puebla: BUAP.

Roseberry, William (1997). Marx and Anthropology. *Annual Review Anthropology*, 26, 25-46.

Rosenbaum, Emily; Scill Samanthe y Hielke Buddelmeyer. (1999). Nativity Differences in Neighbourhood Quality Among New York City Households. *Housing Policy Debate*, 3, 625-658.

Sassen, Saskia. (2001). *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*. Barcelona: Editorial Bellaterra.

Sepúlveda, Fernando. (1 de enero de 2016). Voces de la migración: Los emigrantes mexicanos en Nueva York. *Este país, Tendencias y opiniones*. Recuperado de <http://www.estepais.com/articulo.php?id=397&t=voces-de-la-migracion-los-emigrantes-mexicanos-en-nueva-york>

Smith, Robert. (2006). *México en Nueva York: Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*. México: UAZ y Miguel Ángel Porrúa.

Tapia, Verónica. (2015) ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? *Revista Antropología del Sur*, 3, 121-135.

Thompson, Edward. (1963). *La formación de la clase. Obrera en Inglaterra*. México: Editorial Era.

Thompson, Edward. (1984). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Crítica.

Waldinger, Roger. (1996). *Still the promised City. African-America and new immigrants and the Post-industrial transformation of New York*. United States of America: Harvard University Press.